

hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde, aun á despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive.»

Resulta de aquí que para D. Nicomedes la poesía posible en su tiempo era puramente *subjetiva*. No surgía sobre el haz de la tierra como claro manantial en cuyas ondas el cielo refleja su azul y el sol sus rayos de oro, sino que era menester buscarla hundiéndose en el obscuro abismo de nuestro espíritu, cuyo aislamiento hace del ser humano el más miserable y desgraciado de todos los seres.

En consonancia con este concepto del arte y de la vida, los versos de Pastor Díaz son lúgubres, melancólicos, quejumbrosos y *nocturnos*. *La mano fría* de la razón viene á posarse sobre su frente calenturienta en la obscuridad de la noche, y despoja de todas sus galas á la Naturaleza vista por él, y marchita las flores, y envuelve en negro crepón el ambiente diáfano, y convierte á los hombres en esqueletos y á las más lindas muchachas en *desechadas momias*. Ya se comprende que, si la razón ha de ejecutar en nosotros tan diabólicas travesuras, más vale ser locos que cuerdos. Más triste aún y más aterradora que *La mano fría* es otra visión que persigue por todas partes al poeta: es una *negra mariposa*, sombra de una mujer muerta. Pero la más tremenda de las visiones de Pastor Díaz, la que lleva en su seno y da ser á las demás visiones, es la propia, colosal y fantástica musa, que se le aparece, flotando sobre el mar, agitado entre tempestuosas tinieblas, interrumpidas sólo por los relámpagos. Esta musa sella su frente con mortífero beso, y le consagra y predestina para siempre al dolor y á cantar sólo el rigor de la suerte, ternuras inútiles y

La soledad, la noche y las dulces apariencias de la muerte. [Zurara]

Quando consideramos que D. Nicomedes Pastor Díaz, sobre ser un egregio poeta á pesar de sus fúnebres extravagancias, fué también elocuentísimo orador y discreto y fecundo prosista, hombre de estado de alto crédito, lisonjeado por la fama, encumbrado por la fortuna á las más altas posiciones oficiales, y estimado y querido de la generalidad de las gentes por su amena conversación y apacible trato, casi nos inclinamos á creer que en sus espantables melancolías entró por mucho la moda, aunque también se explique y pueda atribuirse en gran parte á lo delicado de su salud, que afligió mucho su vida, terminándola en muerte hasta cierto punto prematura.

Por dicha, distaron no poco de ser tan lastimeras como la voz de D. Nicomedes las de los demás poetas de aquel período; período que bien pudiéramos imaginar como repentina primavera que de improviso derrite la apretada capa de nieve bajo la cual ha crecido misteriosamente la hierba, y nos la muestra lozana y verde, cubriendo los campos y prometiendo la próxima aparición de mil lindas y tempranas flores. A pesar de

las discordias civiles, el principio del reinado de Isabel II fué como luciente aurora de un día alegre, á quien hacen salva los pajarillos con variados gorjeos, trinos y *pitadas*. Hubo ruiseñores y jilgueros á bandadas, pero hubo también aves noctívagas, lechuzas y buhos que se habían acostumbrado á exhalar sus silbos agudos y siniestros en las larga noche del ya pasado absolutismo.

No todo, sin embargo, prometía ventura en la nueva era. Y menos aún que ventura, prometía sosiego. Se cuenta que el mismo rey Fernan-

trica, para enviar á largas distancias palabras y sonidos, para guardarlos en una urna y reproducirlos á nuestro antojo, para copiar los objetos valiéndose de la luz, etc., etc., todo se ha inventado fuera y todo ha venido de fuera.

La palabra propia nuestra ha sido, es y será, no obstante, poderosa y fecunda. ¿Y dónde mejor que en la poesía había de mostrar su fecundidad y su poder, así en su uso como en su abuso?

Prolijo y difícil sería investigar aquí las causas; pero bien podemos afirmar que no hay nación de Europa donde la poesía, y especialmente la lírica y la narrativa, no haya florecido, tanto ó más que en cualquiera otro siglo, en el siglo XIX. Con mayor motivo en España ha ocurrido lo mismo que en las demás naciones. Y si en otras artes, disciplinas y ejercicios España quedó rezagada ó bajó de nivel, en esto de la poesía se mantuvo, á mi ver, ó se elevó tan alta, como los pueblos más cultos, más ricos y mejor dotados de una brillante literatura. Lo que en la nuestra se advierte de incompleto y defectuoso, tal vez no proviene de mengua de inspiración natural, sino de la escasez de aquellos elementos extraños que acuden en auxilio del ingenio, que le prestan alas, y que, combinándose con los ensueños de la fantasía y con los pujantes sentimientos del corazón, enriquecen, digámoslo así, la sustancia exquisita, las perlas, los diamantes y el oro con que la poesía labra sus joyas.

De todos modos, y deplorándolo á par que de ello estemos también ufanos, acaso es la poesía lírica y narrativa el mejor y más sazonado fruto que en el siglo XIX ha dado la cultura española. No se extrañe, pues, que para tratar de él y para encomiarle como merece, nos extendamos en este somerísimo estudio mucho más de lo que nos habíamos propuesto.

JUAN VALERA.



BUENOS AIRES. — ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS.

PANTEÓN SOCIAL EN EL CEMENTERIO DE LA CHACARITA.

(De fotografía)

do VII lo había pronosticado en frase tan gráfica como poco poética, comparándose al tapón de una botella de cerveza que, no bien se quitase, dejaría al fermentado líquido brotar espumante y derramarse por dondequiera en estrepitoso desorden.

Cerradas las universidades y mirada de reojo y con recelo la ciencia especulativa, casi nos atrevemos á presumir que no había por entonces muy notables sabios y filósofos en España: todo muy por bajo de lo que hubo en la Edad Media, así entre cristianos como entre judíos y musulimes, y de lo que hubo en la edad triunfante y católica de nuestra gloriosa expansión. Nada al nivel de Vives, Suárez, Victoria, Melchor Cano y Domingo de Soto. Por el lado de lo experimental y práctico no nos señalábamos tampoco, ni tal vez nos distinguimos todavía. Cuantos son los inventos, artificios y maquinarias para coser, para guisar, para mover las cosas por vapor ó por virtud eléc-

Municipalidad de París, me concedió el honor de recibirme apenas fué anunciado.

— Todo cuanto usted quiera — me dijo con exquisita amabilidad cuando le expuse el objeto de mi visita. — Aquí tiene usted un artículo lleno de datos interesantes sobre las obras del Metropolitano.....

— Sí, lo conozco. Mr. Albert Montheuil ha tenido la bondad de darme su periódico *Revue Municipale*, donde el ingeniero Mr. Biette ha publicado tan notable trabajo. Pero..... yo no debo hacer una crónica técnica.....

— ¡Ah!..... ¡Bueno!..... Vea usted el plano de París con el trazado de la red férrea urbana. La línea roja representa lo que será en totalidad el Metropolitano. La línea azul, un trazado adicional que no es aún definitivo.

— ¡Pero eso será una estación férrea en cada esquina de cada calle!

— ¡Casi, casi! — dijo el eminente ingeniero.

CRONICA PARISIENSE.

EL METROPOLITANO.

Monsieur Bienvenüe,

el ingeniero jefe de la